

***Una Reflexión para los Sacerdotes del Obispado Castrense
A partir de las enseñanzas del Papa León XIV***

Su Excelencia, querido Monseñor Pedro Ossandón Buljevic, queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos en Cristo,

Es una gran alegría estar de nuevo con ustedes y dirigirme a ustedes como hermanos en el sacerdocio. Siempre es bueno encontrarnos como sacerdotes y reflexionar sobre nuestra vida sacerdotal. Quiero presentarles algunas reflexiones a partir de las enseñanzas del Papa León XIV, que acaba de cumplir 71 años y se encuentra en su segundo año de pontificado. *(Como todos sabemos, fue operado y se está recuperando. Rezamos por la pronta y completa recuperación de nuestro Santo Padre)*. Me complace enormemente decir que el Papa León es hoy el referente ético para el mundo y, ciertamente, un gran pastor, que conoce el dolor y el sufrimiento de la gente. Alguien que vivió, durante muchos años, en nuestra región como misionero y posee una experiencia directa de las alegrías y dificultades de la vida sacerdotal en esta parte del mundo.

Queridos hermanos, hoy nos reunimos no como simples administradores o gestores de nuestras parroquias y ministerios, sino como quienes han sido llamados por su nombre, configurados con Cristo Sumo Sacerdote y enviados a pastorear un mundo complejo, hermoso y, a menudo, fragmentado. Hablar de la vida sacerdotal hoy es abordar una realidad de profunda gracia, entremezclada con un agobio muy particular. Conocemos el peso de la labor de cosechar: bancos vacíos en algunas regiones, exigencias administrativas abrumadoras, corrientes culturales adversas y el peligro silencioso de un progresivo aislamiento. Esta situación se manifiesta de manera aún más patente en algunas de los ministerios específicos que se les han confiado como miembros del Obispado Castrense. Al vestir el uniforme, tienen la responsabilidad de actuar con prontitud en momentos de crisis y de estar presentes para acompañar al personal militar y a sus familias con la máxima delicadeza, compasión y misericordia.

El Papa León XIV nos ofrece, en sus mensajes y discursos recientes, dirigidos al clero de todo el mundo, una visión renovada y profundamente

alentadora para nuestras vidas. Al reconducirnos al corazón del Evangelio, el Santo Padre nos recuerda que el sacerdocio no es una carga que sobrellevar a fuerza de voluntad, sino una entrega total de sí mismo, sostenida por la comunión con Cristo y entre nosotros. Hoy, les invito a reflexionar sobre tres pilares fundamentales de la vida sacerdotal, destacados por el Papa León: **la santidad vivida en comunión, el poder de la sagrada liturgia y el abandonarnos a la gracia con paciencia y entusiasmo.**

Vamos **al primer punto**, que quisiera presentar bajo la premisa de que **la santidad** no puede vivirse en soledad, sino en comunión. Una de las pruebas más persistentes y peligrosas del sacerdocio, especialmente para el sacerdote diocesano, es la soledad y el aislamiento. Por la propia naturaleza de nuestro servicio pastoral, a menudo vivimos solos en la casa parroquial, acompañamos comunidades diversas y cargamos con asuntos confidenciales que no podemos compartir.

El Papa León XIV se ha referido explícitamente a este tema, señalando en sus reflexiones para la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes, que «la santidad no puede vivirse en aislamiento». El Papa rechaza la tentación de definir el ministerio en términos autorreferenciales o solitarios; de hecho, un sacerdote aislado de sus hermanos es un sacerdote expuesto a la desolación espiritual.

El Papa León nos recuerda que solo encontramos la verdadera paz reposando nuestros frágiles corazones en el costado abierto del Señor Jesús; pero que esta relación vertical con Dios debe encontrar, necesariamente, una expresión horizontal en una auténtica fraternidad sacerdotal.

La fraternidad sacerdotal no es simple y agradable cortesía profesional; es el elemento vital que sostiene la perseverancia pastoral. Consagrados sacramentalmente por las mismas manos y enviados a la misma cosecha, los sacerdotes encuentran unos en otros un refugio vital frente al peso abrumador de la soledad. Al compartir las cargas del confesionario, el agotamiento de las atenciones de urgencia nocturnas y las alegrías silenciosas de una grey renovada, los hermanos en el presbiterio descubren que el camino del discipulado jamás fue concebido para ser recorrido en solitario.

Esta comunión refleja la vida misma de la Trinidad: un dinámico derroche de amor que se entrega a sí mismo. Cuando el sacerdote permanece junto a su Obispo y sus hermanos, el apoyo mutuo se convierte en un testimonio vivo. Esto transforma la casa parroquial, de residencia solitaria en verdadero hogar, y al presbiterio local en un faro visible de unidad para un mundo fragmentado.

Con todo, la verdadera fraternidad exige sacrificios. Requiere despojarse de la armadura de la autosuficiencia para reconocer la propia debilidad, celebrar juntos los éxitos y ayudarse mutuamente a crecer en santidad. Fortalecidos por la oración en común, el diálogo sincero y la convivencia fraterna en torno a la mesa, los sacerdotes se convierten en pastores más fuertes. En última instancia, la fraternidad sacerdotal es esa gracia tangible que nos susurra en los momentos de duda: pertenecemos a Cristo y nos pertenecemos mutuamente como hermanos sacerdotes.

Permítanme ser franco y sincero con ustedes, queridos hermanos sacerdotes: hay sacerdotes que enfrentan agotamiento vocacional, que atraviesan crisis. Como expresión de nuestra fraternidad sacerdotal, les pido que hagan todo lo posible por apoyarlos. Es nuestra responsabilidad sacerdotal. El Santo Padre ha exhortado expresamente al clero —especialmente a los sacerdotes más jóvenes— a romper el silencio de la autosuficiencia y a compartir sus dificultades y vulnerabilidades con hermanos sacerdotes de confianza y con directores espirituales, en lugar de replegarse sobre sí mismos.

Nos podemos preguntar: ¿Cargo mis cruces en soledad por obstinación o por falsa autonomía? ¿O, proactivamente, cultivo vínculos profundos y vivificantes con mis hermanos en el presbiterio?

Pasemos ahora **al segundo punto**. Yo lo formularía así: anclar nuestras vidas en la oración y en la veneración litúrgica.

En un mundo obsesionado con la velocidad, la visibilidad y los indicadores inmediatos de éxito, el sacerdote corre el riesgo de convertirse en un activista, más que en un contemplativo; en un gestor más que en un pastor.

Podemos caer fácilmente en la trampa de medir lo que valemos por la cantidad de compromisos en nuestra agenda, más que por nuestra comunión con Dios.

El Papa ofrece una corrección clara y amable a este respecto: nada puede sustituir el tiempo dedicado a la oración personal y a la celebración de los sacramentos. En sus cartas al clero de Roma (como en su notable discurso a los sacerdotes de Madrid), el Papa subraya el poder intrínseco de la liturgia. Nos recuerda que la eficacia de nuestro ministerio no nace de estrategias de marketing carismático ni de tácticas ejecutivas originales, sino del altar, al que nuestro sacerdocio está tan íntimamente unido y donde celebramos la Misa.

Durante una Audiencia General, al concluir la catequesis sobre la “*Sacrosanctum Concilium*”, el Papa recordó a Obispos y sacerdotes su grave responsabilidad de «custodiar y promover» la liturgia de la Iglesia. Señaló que la reforma litúrgica del Vaticano II forma parte de la tradición viva de la Iglesia, advirtió contra los abusos litúrgicos —tanto pasados como presentes— e instó a los pastores a fomentar una celebración de la Misa caracterizada por la veneración y centrada en la oración.

Podemos caer fácilmente en el hábito de celebrar la Misa apresuradamente y sin la debida devoción, reduciendo la sagrada liturgia a una tarea que cumplir, en lugar de un misterio que celebrar. Como sacerdotes, debemos celebrar con dignidad y fe. El Santo Padre escribe: "Celebren los sacramentos con dignidad y fe, conscientes de que lo que en ellos se obra es el verdadero poder que edifica la Iglesia". Cuando un sacerdote celebra la Misa con prisas, trata los sacramentos como una tarea administrativa rutinaria o pierde el sentido de la veneración litúrgica, la vida espiritual de la parroquia se marchita lentamente. Por el contrario, cuando celebramos la Eucaristía con profundo asombro, con fe y silencio interior, invitamos a nuestros fieles a tocar lo trascendente.

El Papa León nos recuerda que nada sustituye el cultivo diario de nuestro vínculo especial con Cristo. El breviario, la oración personal, la adoración eucarística y el examen diario de conciencia no son "añadidos" que

encajar a la fuerza en una jornada ajetreada; son el oxígeno del alma sacerdotal. Si el pozo está seco, ¿cómo podremos dar agua al sediento?

Permítanme abordar **el tercer punto**. Otro tema fundamental en la orientación paternal del Papa León a los sacerdotes es el llamado a superar el desaliento. En muchas partes del mundo, los sacerdotes contemplan asambleas que envejecen, una juventud secularizada y el cansancio institucional, y se ven tentados a caer en el cinismo.

Ante esto, el Papa ofrece un mensaje de esperanza inquebrantable: sirvan al Señor con entusiasmo, incluso cuando no vean inmediatamente los frutos de su trabajo.

La verdadera fecundidad apostólica se mide por la cruz, no por hojas de cálculo corporativas. Las semillas que sembramos hoy en la catequesis, en los confesionarios, en las salas de hospital, en los cuarteles militares y en las serenas sesiones de dirección espiritual, a menudo darán fruto mucho después de haber pasado a nuestro siguiente destino. Dios no nos exige tener éxito a los ojos del mundo; nos pide que seamos fieles. (Mi experiencia con un misionero en Papúa Nueva Guinea... Somos solo instrumentos en manos de Dios. Nuestro deber es, a menudo, preparar el terreno... otro vendrá a sembrar... otros a recoger los frutos, etc.).

El Papa León XIV aboga reiteradamente por una serena transición en el liderazgo de la parroquia, caracterizada por la creatividad, la corresponsabilidad y la comunión con los laicos. En sus recientes intervenciones ante los obispos —particularmente en América Latina y en diversos ámbitos pastorales regionales—, el Papa León XIV ha instado a los prelados a «liderar desde el territorio, no desde el escritorio». Subraya que los pastores deben permanecer cercanos a las realidades, las luchas y las comunidades a las que sirven, en lugar de permanecer agobiados por la burocracia administrativa.

Queridos hermanos sacerdotes: el modelo del pastor «llanero solitario» (que asume solo toda la carga) y que intenta controlar y ejecutar hasta el último detalle pastoral y administrativo está obsoleto y resulta

espiritualmente tóxico. En el mundo actual, marcado por la inteligencia artificial, los fieles —especialmente las generaciones jóvenes— buscan sacerdotes que caminen junto a ellos, con humildad y total disponibilidad para escuchar, dialogar, conversar y orar juntos.

El Papa anima a los sacerdotes a compartir con generosidad las responsabilidades con los laicos, capacitados y bien formados, permitiéndoles desarrollar su vocación bautismal y liberando al sacerdote para que se dedique a sus tareas sacramentales y espirituales insustituibles: predicar la Palabra, perdonar los pecados, ungir a los enfermos y celebrar la Eucaristía.

Como imagen con la que quedarse, les invito a todos a leer el libro de Nehemías. Presten especial atención al capítulo 1, versículo 4: «Al oír esto, me senté y lloré; hice duelo durante algunos días, ayuné y oré ante el Dios del cielo». Este versículo recoge el momento crucial en que Nehemías se entera de la angustiosa situación de Jerusalén y de sus muros derruidos. En lugar de precipitarse en maniobras políticas o caer en el pánico, su primera respuesta sigue una pauta profundamente espiritual: duelo, ayuno y oración. Al recorrer el libro, comprendemos que su célebre modelo de liderazgo se define por la profundidad espiritual unida a una actividad incansable: oró, ayunó y reconstruyó los muros de Jerusalén en medio de una enorme oposición.

Queridos hermanos en el sacerdocio: creo que Nehemías puede ser un modelo para nuestra labor pastoral. Antes de convertirnos en «constructores», debemos orar y ayunar. Toda actividad que emprendamos, como sacerdotes, debe comenzar con la oración y el ayuno.

Permítanme concluir afirmando que nuestro sacerdocio es una entrega total de nosotros mismos. Una vida entregada día tras día, oculta en el corazón de la Iglesia, como el grano de trigo que cae en tierra y muere para dar mucho fruto.

El Papa nos invita a contemplar nuestra vocación no con miedo ni agobio, sino con alegría renovada. Nunca estamos solos en este camino. El Señor, que nos llamó a configurarnos con su Sagrado Corazón, nos sostiene

en la palma de su mano, y nuestros hermanos en el presbiterio permanecen a nuestro lado.

Volvamos a nuestras parroquias, a nuestras comunidades y a nuestros ministerios específicos con un compromiso renovado de romper el aislamiento, buscando y ofreciendo activamente una auténtica fraternidad sacerdotal; anclar nuestro ministerio en una oración personal perseverante y en la celebración reverente de los sacramentos; confiar en el Señor de la mies, sirviendo con entusiasmo alegre y formando a los laicos para caminar junto a nosotros.

Que la Santísima Virgen María, Madre de los Sacerdotes, custodie nuestros pasos, profundice nuestra fidelidad y nos mantenga cerca de su Hijo. Gracias, queridos hermanos.